

NOTAS

M. R.

DON DIEGO DUBLE URRUTIA

C U A N D O hace poco había cumplido 90 años de edad, su espíritu se desbordó en palabras fluentes, eufórico, reviviendo sus andanzas por las letras y por la diplomacia, sin abandonar el comentario del acontecer circunstancial. Nada escapaba a su receptividad como si el paso del tiempo no lo hubiera mellado, gozoso de vivir, sin temor ni quebrantos que lo torturaran. De pronto esa palabra que fluía incansable y sonora se enmudeció definitivamente.

Su nombre estaba ya inscrito en nuestra realidad literaria; allí tenía su sitio eminente, entre nuestros poetas mayores.

En 1953 la Editorial Nascimento publicó un volumen en que se reunió casi la totalidad de su obra poética, volumen que lleva por título la más lograda de sus composiciones, *Fontana Cándida*.

¿Qué mejor homenaje al poeta fallecido recientemente que abrir el libro citado, regustar sus versos y comunicar la emoción que sentimos al leerlos de nuevo? Pues, la verdad es que ellos no han envejecido, si bien por su forma y temas dejarán poco menos que insensibles a muchos lectores de hoy, sobre todo a quienes ya se han conformado dentro de las modalidades del actual poetizar, tan distantes del verso sonoro, rítmico, y de la perfección estrófica que permaneció hasta el postmodernismo.

Don Diego Dublé Urrutia versificó con singular facilidad, soltura y fluidez; manejó con destreza los más variados metros, ritmos y estrofas. El sentimiento que anima a sus poesías llega directamente al lector. Ninguna suerte de atavíos enrevesados se interpone a la comprensión. Verso natural el suyo, pero exento también de toda vulgaridad y ripio.

A poco de ahondar en su poesía nos imponemos de su rico mundo poético y de que varias composiciones —seguramente las que más se han popularizado— están estremecidas de un categórico sentido social, afinado en nuestra realidad histórica. Por tal motivo, don Diego Dublé Urrutia y don Samuel Lillo deben situarse entre los primeros que cantaron al paisaje de las tierras sureñas y al heroísmo legendario de los araucanos.

Ambos orientaron su poesía hacia perspectivas hasta entonces casi desconocidas. Miraron el medio y las circunstancias en que discurrieron su niñez y adolescencia; se extasiaron ante la belleza selvática de la llamada "frontera"; vieron el desamparo en que se consumía el indio, el minero, el roto. Con esos elementos que reflejaban aspectos del alma autóctona aderezaron su poesía. Forma de nacionalismo literario el de ellos, ese mismo que exaltó Echeverría en la Argentina en 1837, y que Lastarria proclamó en su conocido discurso en la Sociedad Literaria en 1842. Nacionalismo literario que desembocaría en el criollismo con numerosos representantes de alta jerarquía, especialmente en la narrativa, con Mariano Latorre, Federico Gana, Luis Durand, Marta Brunet y cuantos se han valido de un material extraído de lo más auténtico de nuestro medio físico y anímico.

Por tal motivo, don Diego Dublé Urrutia y don Samuel Lillo merecen que se les reconozca el papel señero que tienen en nuestras letras. Negarlo es mezquindad o, simplemente, incompreensión. Para ejemplarizar, citemos "Las minas", de don Diego Dublé, poesía inspirada en el mismo sentimiento que impulsó a Baldomero Lillo —hermano de don Samuel— a escribir los patéticos relatos de *Subterra*. Ya en los siguientes versos advertimos la intención que lo impulsa al escribirlos:

*Es triste y miserable, como la muerte triste
la vida de las minas; el hombre allí no existe;
la pobre bestia humana, gastada y sudorosa,
arrastra allí sus miembros entre la luz dudosa
de míseros candiles, como cualquier gusano...
El hombre es en la mina un simulacro humano.*

Hay, indudablemente, en estos versos rebeldía y conmiseración para esos "simulacros humanos". Habrá quienes los encuentren con un acento declamatorio, como para producir entusiasmo en la masa al ser recitados. Cuando se canta a la expoliación del indio, o a la existencia en constante peligro del minero, o al desamparo del campesino, no se requieren filigranas verbales ni contorsiones barrocas ni menos hermetismo metafórico. Resulta absurdo escribir una literatura de la más pura inspiración popular en un lenguaje esotérico, y por tanto inaccesible a un lector de pocas letras. Así lo comprendió el propio Pablo Neruda que abandonó su inaudita y singular *Residencia en la Tierra* para escribir el *Canto General* y *Odas Elementales*. Para la poesía de estas obras le bastaron la palabra desnuda, la voz varonil, en su clamor ciudadano.

Del mismo linaje de "La minas", de don Diego Dublé, son "La voz de la raza", "El lanzamiento", "Marca baja" y "La procesión de San Pedro". Versos de tono mayor, de extrovertido, con música de trompeta, timbales, tambores, para ser escuchados a plena intemperie por una multitud de seres simples, agitados por una misma esperanza redentora.

Don Diego Dublé fue, hasta bien entrada su madurez cronológica, de ideas laicas bien definidas y hasta un rebelde cuando su voz se entonaba para clamar por una mayor justicia hacia los humildes. No era pues la suya conmiseración abyecta sino desafiante posición revolucionaria. Así al menos lo advertimos en "La campana de las capuchinas", en que, tras la breve anécdota sobre las monjas capuchinas, que tocaban la campana cuando tenían hambre, concluye pidiendo tañer la rebeldía para "las pobres almas".

Anotamos que el registro poético de don Diego Dublé es variado. Hasta aquí nos hemos referido a sus poesías motivadas en la floresta de la campiña araucana, en la tierra de su oriundez —Angol— y en la existencia de la gente desamparada. (Recordemos que muchas de esas composiciones fueron escritas a principios de este siglo cuando no había ninguna ley que protegiera al proletariado).

Conviene recordar que don Diego Dublé fue durante largo tiempo diplomático, y como tal, se vio obligado a escribir versos de circunstancias. Poemas breves, a la manera de Campoamor, frívolos, de intención galante y picaresca. Así "Graciela", "Soledad", "Carmen", "Laurita". etc., versos de álbum, como los considera el propio autor. A pesar de las fruslerías, reconocemos en ellos gracia, donaire y esas condiciones de admirable versificar que lo destacan entre los poetas de su generación.

De pronto nos sorprende un tono distinto. El acento rotundo y de ritmo cadencioso se asordina para dar expresión a su voz íntima, afinada en la introspección, del más puro lirismo, en los magníficos tercetos de "Fontana cándida". El poeta abre los recodos de su interioridad, humildemente, confidencialmente, sin recurrir para ello a la sonoridad verbal sino al tono menor cuya emotividad emana de la confesión espontánea.

El escritor que mucho mundo había recorrido y visto y que presentía la sutil penetración del escepticismo en su alma, de súbito al atardecer de su estío, sintiendo ya los primeros fríos otoñales, recibe el impacto de la fe, y sin titubeos, con el mismo ímpetu combativo de sus actuaciones laicas, proclama su adhesión fervorosa a la Iglesia de Cristo. Antes de hacer pública su conversión al catolicismo, en el cuarteto final de "Spe Vinica", anuncia que la fe empieza ya a iluminarlo:

*La Cruz, que imploran tus ojos
es roca viva, y es luz...
¡corazón, ponte de hinojos!
¡alma, abrázate a la Cruz!*

Hemos subrayado la maestría del poeta para manejar estrofas, metros y ritmos, con esa artesanía y conciencia de quien está penetrado de que su vuelo lírico debe ir aparejado de la técnica adecuada para lograr la plenitud poética. En el soneto "Alero", dedicado a su esposa y que sirve

de pórtico al libro, consigue esa perfección propia de lo clásico. El poeta se da por entero, con gratitud total, a ella, su esposa, bajo cuyo alero él se ha cobijado. Presiente que "La noche se avccina", la noche que le ha de impedir ver con sus ojos corporales, que la otra —no lo dice el poeta pero lo deja entrever— le dará luz, luz definitiva, la noche del amanecer eternamente luminoso, la del vivir perenne en el mundo celestial.

Si ya llegó la noche para sus ojos y su cuerpo perdió el soplo vital que lo animaba, para sus lectores sus poesías, si no todas, algunas de ellas, seguirán resplandeciendo con fulgores acaso definitivos, tanto las inspiradas en las tierras de Arauco como aquellas en que canta a los aborígenes, a los humildes, a "los simulacros humanos". También seguirán resplandeciendo los poemas en que abre su corazón para entregar confidencialmente su palabra elemental, purificada en la sinceridad del que siente el llamado de la fe. Poeta siempre, el nombre de don Diego Dublé Urrutia perdurará, seguramente, en nuestras letras con trazos relevantes.